

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

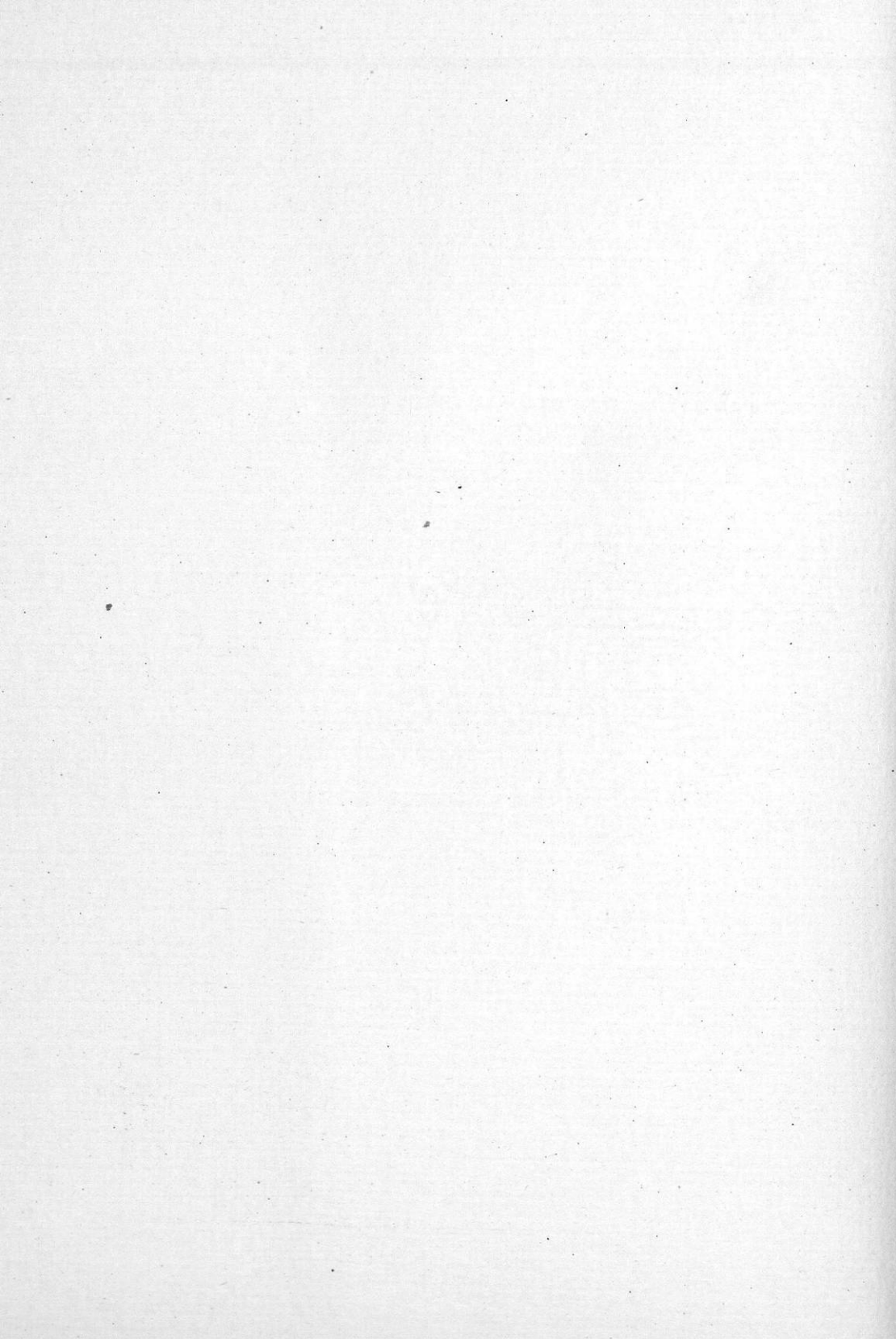
2 . ª É P O C A

Año 1956 - Número 77



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



326

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **356**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1956



Tomo XXIV
Número 77

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1956

M A Y O — J U N I O

Número 77

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso,
Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto
BALBONTÍN DE ORTA.—D. Angel CAMACHO BAÑOS.—D. Juan DEL-
GADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ
DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO
MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO
DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUE-
SADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—
D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—
D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—
Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

S U M A R I O

Págs.

ARTICULOS

- J. de M. Carriazo.—*Retratos literarios de la Corte de los Reyes Ca-
tólicos* 217
Jesús de las Cuevas.—*Una polémica sobre el Greco*. (Cuatro ilustra-
ciones fuera de texto) 237
Manuel García Viñó.—*El paisaje poético de Antonio Machado*. (Dos
ilustraciones fuera de texto) 257

MISCELANEA

- Hipólito Sancho de Sopranis.—*La custodia franciscana de Sevilla*.
«Ensayo histórico sobre orígenes, progresos y vicisitudes» 277
A. H.—*Extensión cultural del Ateneo hispalense* 283
*** *Premios y becas de la Excma. Diputación Provincial*. (Patrona-
nato de Cultura) 289

LIBROS: Varios 291

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia*.—
Mayo y junio, 1948. 303

RETRATO LIBRARY DE LA CORTE
DE LOS SEÑORES CATOLICOS

ARTICULOS ORIGINALES

EL PAISAJE

POÉTICO DE ANTONIO MACHADO

...FUE UNA TARDE DE SOL, QUE YO HE CREIDO,
O HE SOÑADO, RECORDAR ALGUNA VEZ.

Juan de Mairena.

SEVILLA. Ultimo cuarto del siglo XIX. Una tarde limpia de primavera. No hay ni una nube bajo el cielo terso y el sol brilla fuerte y esplendoroso sobre la ciudad blanquísima, reventando reflejos cegadores contra la cal, los azulejos y las aguas onduladas del Guadalquivir.

El Guadalquivir, en esta tarde de primavera con la que ahora soñamos, está siendo muy visitado. Por todas las calles que dan a sus márgenes, fluye una multitud de personas, que vienen de los más apartados rincones de la ciudad: bellas damiselas que, al correr con sus piececitos menudos, mueven el polisón, como si fuese la cola de un pajarillo travieso... Elegantes caballeros de ceñida levita y flor en el ojal... En los rostros de todos se dibuja una sonrisa, una sonrisa de agradecimiento al destino por la improvisada fiesta. Pero, ¿qué ha ocurrido? Pues, sencillamente, que *unos delfines, equivocando su camino y a favor de marea, se han adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla, al pie mismo de la Torre del Oro.*

En torno a ésta, se agrupa la alborozada juventud, que contempla a los extraños visitantes, como si se tratase de pacíficos ánares de un estanque de parque provinciano. Entre ellas, se encuentra Ana Ruiz. Entre ellos, Antonio Machado y Alvarez. Ambos han dejado de contemplar a los delfines para mirarse mutuamente. Es la primera vez que se ven, *pero es* —como dice Miguel Pérez Ferrero, biógrafo de los Machado—, *como si se hubiesen visto siempre, como si siempre se hubiesen amado.*

Muchos años después, un hijo de esta pareja, gran poeta ya y gran hombre —Antonio Machado Ruiz—, diría refiriéndose a esta insólita visita de los delfines, que era un importante acontecimiento de su vida, pese a ser anterior a su nacimiento. Y tan importante. Pues si bien fué algunos años después, el 26 de julio de 1875, cuando nació Antonio Machado hombre, fué en la *tarde de sol* sevillana, a la orilla del Guadalquivir, cuando, en aquella mirada, en aquella verdadera cópula espiritual de los jóvenes enamorados, se engendró el alma de un poeta. El alma de un poeta nacida entre reflejos de sol y estelas de delfines, entre naranjos y acacias, en la apacible serenidad de un paisaje sevillano.

MI INFANCIA SON RECUERDOS DE UN PATIO
DE SEVILLA, Y UN HUERTO CLARO DONDE MADURA
EL LIMONERO.

Retrato (Campos de Castilla).

Pero no es sólo aquí donde se aprecia la predestinación de nuestro poeta a vivir en el paisaje.

Antonio Machado Alvarez y Ana Ruiz, casados ya, se van a vivir, junto con los padres de aquél, a una casa de noble tradición sevillana. De esta casa son los primeros recuerdos de Antonio Machado.

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero.*

El huerto y el limonero del Palacio de las Dueñas, donde una fuente, que se olvidó nombrar el poeta en estas estrofas trascendentales de confesión, fué dejando su eco monótono y susurrante en la frente del niño que, ya hombre poeta, lo había de desgranar en mil poemas, como una de las constantes de su paisaje poético.

...TIERRAS POBRES, TIERRAS TRISTES,
TAN TRISTES QUE TIENEN ALMA!

La tierra de Alvar González (Campos de Castilla).

Antonio Machado es un poeta paisajístico por excelencia. Esto se observa con rotundidad por muy superficialmente que ojeemos sus poesías completas. Pero en sus poemas la naturaleza no es llevada al arte como mero accesorio de la obra, sino que es llevada en sí misma, como

parte no ya principal, sino única, con ese *sentimiento amoroso* hacia ella que, al decir de Azorín, es cosa del siglo XIX.

Antonio Machado es, ante todo y sobre todo, un poeta. Nada perdería en su elevada consideración, si se apartasen de su obra el teatro, que escribió en colaboración con su hermano Manuel, y los apuntes de poética, política y filosofía de Abel Martín y JUAN DE MAIRENA. Pero en ninguna concepción humana es posible la arista rotunda, la frontera terminante. Siempre existirá el bisel que haga participar a una porción, más o menos grande, de las propiedades de ambas caras próximas; un trozo de tierra mixta donde se entremezclen las cualidades, las virtudes de uno y otro país ideal. Un artista siempre participa, al desarrollar el que le es propio, de los atributos de otro arte; y así tendremos a un músico descriptivo y a un poeta musical, a un pintor poeta y a un poeta pintor. Antonio Machado era de estos últimos.

Esto, que pudiera parecer una particularidad de determinados artistas, es, en opinión de Gerardo Diego, casi una necesidad. En un artículo publicado en *A B C*, nos decía el autor de *ALONDRA DE VERDAD*: *Un pintor, un artista, puede y hasta estoy por decir que debe practicar otros oficios real o metafóricamente, otras artesanías y técnicas de artes paralelas o distintas. Si el poeta no es músico, si el arquitecto no pinta, si el pintor no compone versos en secreto, o, al menos, no traduce esas otras artes al vocabulario de su oficio, menguados artistas serán.*

Antonio Machado es un poeta pintor. Una estrofa suya equivale a un cuadro perfectamente delimitado, al que no es difícil imaginar un marco ideal que lo contenga.

*La estrella de la mañana
en el alto azul ardía.
Se iba tiñendo de rosa
la espesa y blanca neblina
de los valles y barrancos,
y algunas nubes plumizas
a Urbión, donde el Duero nace,
como un turbante ponían.*

Pero hemos citado un paisaje en el que Antonio Machado se limita a mostrarnos lo que ve. No suelen ser así los suyos. Pertenecen esta estrofa a *LA TIERRA DE ALVAR GÓNZALEZ*, y, en este largo poema, que no es más que la narración de una historia, ha de mostrarse necesariamente descriptivo.

Pero el artista, el verdadero artista —y Antonio Machado lo fué—, no puede limitarse a copiar, a narrar, a mostrar el paisaje como algo distinto y exterior a él. Ha de sentirlo, después de mirarlo, y ha de interpretarlo. *Lo que da la medida de un artista* —dice Azorín en *LA VOLUN-*

TAD— *es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la emoción del paisaje...* Antonio Machado hace participar al paisaje que describe de su amor, su soledad, su tristeza...

*...Yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.*

¿Están esta soledad, esta pena, en el alma del poeta o en el paisaje? Unamuno se preguntaba si no estarían en el paisaje; nosotros creemos que no. *La tristeza de los campos* —decía don Miguel comentando precisamente a Antonio Machado—, *¿está en ellos o en nosotros que los contemplamos? ¿No es acaso que todo tiene un alma, y que esa alma pide liberación?*

No cabe duda de que hay paisajes que evocan idea de tristeza, de melancolía y paisajes que comunican alegría; pero refiriéndonos al paisaje poético, al paisaje en el poema, no podemos negar que la tristeza o la serenidad estaban también —y como base primordial para producir el efecto artístico— en el artista, pues dependerá del sentimiento que éste quiera expresar, de su *estado de ánimo*, el que se decida a cantar este o aquel paisaje.

No es propiamente que el paisaje sea —como dice Laín Entralgo en su largo ensayo sobre la generación del 98— *un lienzo desnudo sobre el que proyecta el contemplador sus propios sentimientos y emociones, para verlos luego como cosa objetiva, ajena casi a su alma; y así puede ser un pino triste o alegre, y anhelante o reposado un álamo solitario en la llanura*; lo que ocurre es que el paisaje estático, inanimado, penetra a través del prisma de los sentimientos del autor, y fluye de la pluma de éste bañado por los matices de su espectro. El efecto aparente es lo que dice Laín; pero no la realidad de lo que ocurre.

DE TODA LA MEMORIA, SOLO VALE
EL DON PRECLARO DE EVOCAR LOS SUEÑOS.

Galerías.

Todo paisaje —dijo Amiel— *es un estado de ánimo*. Todo, no. Debiera serlo, al menos para el artista (ya vimos cómo Azorín cifraba la medida de éste en sus facultades de interpretación del paisaje), pero, a través de la historia del arte, podemos comprobar cómo el pintor, el escritor, se han enfrentado con la naturaleza de dos maneras bien diferenciadas. Se han limitado a retratarla, a copiarla —con palabras más o menos armoniosas, con colores más o menos brillantes—, o la han hecho

partícipe de su intimidad, espejo de su alma, sostén o báculo de las ideas que sobre sus sentimientos, sus pensamientos, sus emociones, querían expresar.

Decía Unamuno —y no se olvide que tanto éste, como Azorín, a quien también hemos citado, y el propio Machado, están entroncados en la llamada generación del 98, y que en la proyección de la personalidad sobre el paisaje se ha visto una de las características generacionales—, decía Unamuno, iba a decir, que *hay dos maneras de traducir el paisaje en literatura. Es una, describirlo objetivamente, a la manera de Pereda o Zola, con sus pelos y señales todas; y es la otra, manera más virgiliana, dar cuenta de la emoción que ante él sentimos*. Y añadía el maestro: *Estoy por la segunda... El paisaje sólo en el hombre, por el hombre y para el hombre, existe en el arte*.

Guillermo Díaz-Plaja, en su INTRODUCCION AL ESTUDIO DEL ROMANTICISMO ESPAÑOL, denominó al paisaje visto según la primera manera apuntada, *paisaje impasible*, y al visto según la segunda, *paisaje solidario*.

Esta dualidad, que se ha ido repitiendo alternativamente en la historia de la literatura, ha sido notada por los estudiosos de estas materias, si bien le han dado diversas denominaciones, más o menos expresivas, aunque equivalentes.

Ha sido el poeta Ricardo Blasco quien, en un ensayo publicado en POESIA ESPAÑOLA, ha añadido, ha querido añadir, mejor dicho, una nueva calificación. Al paisaje impasible lo denomina *él paisaje decorado*, y al paisaje como marco sentimental, *paisaje intimidad*. Junto a esta clásica división añade Blasco lo que él llama *paisaje-poeta*, en la que sitúa aquellos que no constituyen *simple objeto de descripción, ni sujeto pasivo de correlación sentimental... sino al poeta mismo*.

En nuestra opinión, Ricardo Blasco ha querido ver una nueva forma de paisaje poético, en lo que no es más que una manera de expresión, un juego de palabras o de metáforas. Afirma que, *en esta inédita interpretación, el poeta resulta ser paisaje* y pone, a guisa de ejemplo, el siguiente verso de Vicente Aleixandre:

Soy el sol que bajo la tierra pugna por quebrantarla...

Pero aquí no existe paisaje propiamente dicho, aunque el poeta, en un símil, haga uso de palabras —sol, tierra— propias de una acuarela poética.

Otro ejemplo que aduce, sacado de un soneto de Gerardo Diego:

*De puntillas el faro atalayaba
tanta otoñal inmensidad sonora*

no nos dice más que estos versos ejercen, así, sueltos, la función de simple

decorado; si bien continuando, por nuestra parte, la lectura del soneto:

*cada instante más íntima la hora
al desmayar nos sensibilizaba*

vemos que el paisaje participa de la intimidad característica del paisaje solidario.

A nuestro juicio, pues, su alternancia regular a través de la historia de la literatura, y aparte los espejuelos externos de las formas de expresión propias de cada época, es lo que hace definitiva la anteriormente apuntada clasificación dualista. No obstante, si estimamos precisa una subdivisión.

La primera manera de pintar en poesía, teniendo al paisaje como modelo impasible, ajeno y exterior por completo al artista que lo hace con su mirada, encerrando tal o cual trozo de la naturaleza en un marco ideal, cremos que se ha dado en puridad a través de movimientos y escuelas; pero la segunda forma no se ha dado siempre de idéntica manera, ni dentro de la misma escuela, ni siquiera dentro de la obra de un solo poeta.

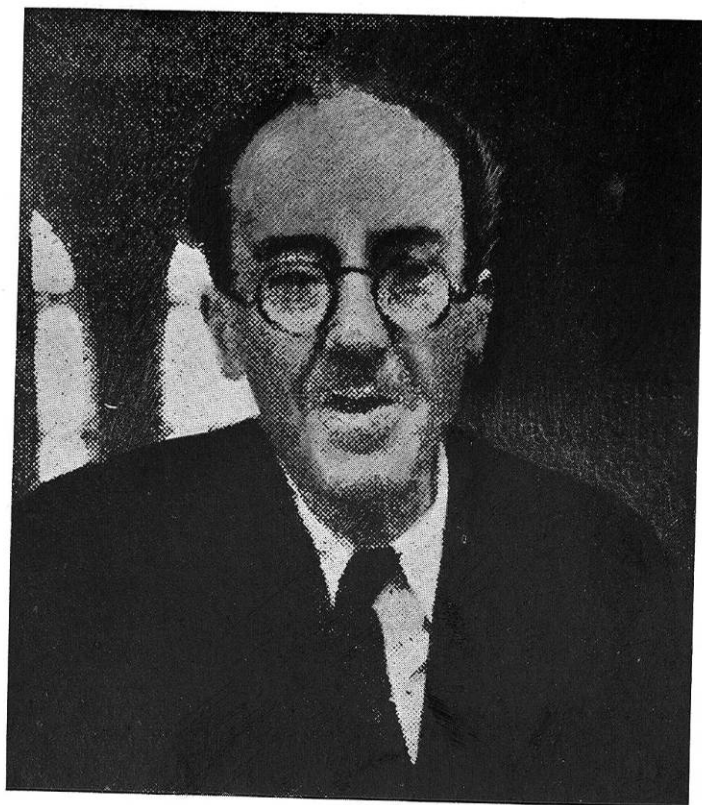
El móvil que hace del paisaje un todo entrañable, solidario con el espíritu del que lo contempla, tiene una base doble y perfectamente diferenciada, según el paisaje haya sido buscado o casualmente encontrado. Queremos decir: hay veces que el poeta —triste, solo, el corazón oprimido por un recuerdo amargo— busca el paisaje otoñal, el cielo plomizo, el bosque deshojado, el páramo sin horizontes... Hay otras veces, que el poeta, ante un paisaje que ha surgido, por una u otra causa, ante su vista (causa no buscada), siente brotar en su corazón la tristeza apagada, el sentimiento dormido, la pena lejana, que aquel paisaje, por sus características, le evoca.

Así, pues, en un intento de clasificación del paisaje poético, según la manera como haya sido visto por el poeta, anotemos el paisaje como modelo y el paisaje como reflejo del alma del poeta. Y en este segundo aspecto, lo podemos ver como instrumento de la expresión del sentimiento, o como evocador del sentimiento expresado.

YO VOY CANTANDO, VIAJERO,
A LO LARGO DEL SENDERO.

Soledades.

Y situemos a nuestro poeta dentro de una de estas dos vertientes. Por lo que queda dicho, claramente se advierte que el paisaje de Antonio



ANTONIO MACHADO

Ultimo retrato.

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
 donde nací, con su rumor de fuente.
 Mi padre, en su despacho. — La alta frente,
 la breve mosca, y el bigote lacio. —
 Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea
 sus libros y medita. Se levanta;
 va hacia la puerta del jardín. Pasea.
 A veces habla solo, a veces canta.
 Sus grandes ojos de mirar inquieta
 ahora vagar parecen, sin objeto
 donde puedan parar, en el vacío.
 (Ya escapan de su ayer a su mañana).
 ya miran en el tiempo, ¡padre mío!
 piadosamente mi cabeza cana.

Antonio Machado

Machado está impregnado del espíritu del poeta. Triste, cuando el poeta canta su tristeza; solitario, cuando el poeta llora su soledad.

*El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta,
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo sueñan
los frutos de oro...*

*Es una tarde clara,
casi de primavera,
tibia tarde de marzo,
que el hálito de abril cercano lleva;
y estoy solo, en el patio silencioso,
buscando una ilusión cándida y vieja:
alguna sombra sobre el blanco muro,
algún recuerdo, en el pretil de piedra
de la fuente dormida, o, en el aire,
algún vagar de túnica ligera.*

*En el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia,
que dice al alma luminosa: nunca,
y al corazón: espera...*

.....

Recuerdo, soledad, ausencia... Pero ¿hace falta llegar a estas palabras para que nos demos cuenta del estado de ánimo del poeta al escribir el poema? No. Su proyección sentimental resalta ya en los primeros versos:

*El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta...*

No es necesario que el poeta nos diga: estoy triste, estoy solo en medio del campo y por eso describo tristemente al árbol, a la piedra, al sendero.

.....

*Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla,
niebla de otoño, maternal; descansan*

*las rudas moles de su ser de piedra
en esta tibia tarde de noviembre,
tarde piadosa, cárdena y violeta.*

*El viento ha sacudido
los mustios olmos de la carretera,
levantando en rosados torbellinos
el polvo de la tierra.
La luna está subiendo
amoratada, jadeante y llena.*

*Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
buscando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra...*

.....

Pocos son los poemas de la más auténtica poesía de Machado, que no estén salpicados de una acertada pincelada que, dando el matiz adecuado, valore toda la escenografía espiritual de la comunicación.

*..La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta...
La fuente sonaba.*

En medio de un poema, en que refiere la intimidad del saloncillo familiar, el retorno del querido hermano, que un día partió hacia un país lejano, Antonio introduce una nota paisajística a tono con lo que describe:

*Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, y en el fondo del espejo.*

Dijo Edgar Poe, gran poeta también, y de los más auténticos que ha habido, que la tristeza es el tono de la más alta significación de la belleza, la melancolía el más legítimo de todos los tonos poéticos. No puede dudarse, que ambos tonos vibraban con alta sonoridad en las cuerdas de la lira de Antonio Machado. Su poesía *casta, densa, profunda*, como acertadamente la calificaba doña Concha Espina, es, por lo mismo, triste y melancólica. Pocas obras de arte —y, desde luego, no las más elevadas— han tenido su germen en la alegría. La alegría es superficial, y si alguna vez es profunda se traduce en lágrimas.

Pocas veces los poetas han tomado la pluma para cantar las delicias del amor correspondido y actual. Si lo han hecho, apenas han conseguido algo más que un madrigal, un piropo poético de poca monta. Cuántos grandes poemas, en cambio, para la amada muerta, para el amor marchito, para el recuerdo, la nostalgia, la incertidumbre, la esperanza del amor; momentos sentimentales bañados en su totalidad de tristeza; venga ésta teñida por la dulzura suave de la melancolía o por la agria amargura de la desesperación.

Sin afán de encontrar paralelismos, que sólo mirando desde un muy amplio punto de vista estarían plenamente justificados, recordemos junto a aquél

...y todo cuanto amé lo amé yo solo

del poeta americano, el

¡oh, soledad, mi sola compañía!

de nuestro Antonio Machado.

Antonio Machado quizá sea el último de nuestros inmortales que tenga biografía. Y entendamos aquí por biografía, el conjunto de dolores, tristezas, soledades y desventuras que, en la vida de los Bécquer, los Poe, los Baudelaire, los Bayron y los Rimbaud, han dado lugar a esos grandiosos poemas que llenan la lírica universal.

La causa de esta angustia...

dijo Antonio Machado

*...no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.*

*Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.*

*Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta*

*se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,*

*así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.*

La causa de su angustia, no la podía ni siquiera vagamente comprender Antonio Machado, como no podía tampoco Gánivet comprender la causa de la suya, pero sí podía sorprenderla, reconocerla, contemplarla reflejada en el paisaje que le rodeaba.

EN EL CIELO, EL ARCO IRIS
QUE HACEN LA LUNA Y EL AGUA.

Iris de la noche (Nuevas capciones)

Lo primero que necesita un pintor para dar vigor a su paisaje, una vez lo haya captado, son colores. Con ellos, superará el dibujo, avanzará más allá de las meras formas y nos dará la medida exacta de lo que para él ha sido aquel trozo de naturaleza. Con colores bien manejados, hasta el dibujo más realista se convierte en irreal, o sea, en artístico. Y decimos esto recordando aquellas palabras sentenciadoras de Edgar Poe: *La simple imitación de lo que existe, por muy exacta que sea, no autoriza a nadie a gozar el título sagrado de artista.*

Pero examinemos la paleta de Antonio Machado. Antonio Machado maneja una paleta muy variada, que nos hace pensar, al cotemplantarla, que sus paisajes han de ser más vistosos y alegres de lo que en realidad son. Pero es que, en cada paisaje, apenas utiliza más de un color, y esto hace que sean de una brumosa sobriedad escueta, valorada por una pincelada maestra que matiza toda la construcción.

Antonio Machado emplea, en puridad, todos los colores del espectro, y, además, el blanco, el negro, el morado, el gris, el rosa, el carmín, el bermellón y el malva. De los colores del iris, el que más utiliza es el azul; después, el violeta. El que menos, el rojo. Aunque, a decir verdad, no es que lo utilice poco, sino que lo presenta bajo nombres diferentes: grana, bermejo, purpúreo, sangriento, llama, fuego, sangre, arbol...

A veces, los colores están representados metafóricamente por metales—oro, plata, plomo, acero, cobre—u otras materias, que en sí lo llevan como cualidad primordial: azafrán, ceniza, nieve, sangre.

En total, hemos encontrado, en todo el paisaje poético de Antonio Machado, treinta colores diferentes. Pese a esta variedad, repetimos, nunca es un paisaje alegre lo que el poeta capta. Quizá sea que éste no exista. Quizá, mejor, que su alma no pudo reflejarlo.

*Abunda en la tierra un gris
de plomo y azul de plata,
con manchas de roja herrumbre,
todo envuelto en luz violada.*

El paisaje de Antonio Machado es triste, melancólico; es sobrio, por tanto —porque la tristeza es sobria—, por muchos colores que contenga.

*...Son tornasoles de carmín y acero,
llanos plomizos, lomas plateadas,
circuidos por montes de violeta,
con las cumbres de nieve sonrosada.*

Es la forma de mezclar los colores, de matizar su pureza, de ensombrecerla al contacto de aquel lienzo sombrío que era su alma.

*Bajo una nube de carmín y llama,
en el oro flúido y verdinoso
del poniente las sombras se agigantan.*

Y es, en definitiva, la adjetivación de todos estos colores lo que apaga su posible efecto deslumbrante. A título de curiosidad, señalemos que, en un poema de apenas doce versos, Antonio Machado emplea diez adjetivos, y los adjetivos son éstos: mustios, marchitos, arrumbados, polvorientos, amarillentos, turbios, grises, secas, viejas y muertas. Y es que mustias, marchitas, arrumbadas, muertas están sus ilusiones. Turbias, polvorientos, secas y viejas sus alegrías. Y Antonio Machado, al mirar el paisaje, no ve sino a su alma. Y así lo dice expresamente en muchas ocasiones:

*Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada como el alma mía.*

YO VOY SOÑANDO CAMINOS
DE LA TARDE.

Soledades.

Tras examinar las apuntadas características del paisaje machadiano,

no puede extrañarnos observar que una inmensa mayoría de sus acuarelas poéticas sean paisajes verpestinos, y sólo una minoría nos hablen de la mañana.

*Yo voy soñando caminos
de la tarde.*

Confiesa Antonio Machado.

Raro es encontrar en todos sus libros un poema que no nos hable de esta parte del día que, por sí misma, evoca idea de cansancio, de languidez espiritual, de muerte. Y es que el pobre poeta caminante encuentra consuelo en la

*tarde tranquila, casi
con placidez de alma.*

A la que a veces llama tarde piadosa.

Llega a ser obsesionante en nuestro poeta la idea de la tarde; hasta tal punto, que llega un momento en que él mismo no tiene más remedio que preguntarse:

*¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?*

Porque es que, a pesar de tanta tarde, tanto crepúsculo y tanto anochecer en su poesía, Antonio Machado tiene la esperanza de una luz nueva tras el sueño.

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.*

Su eterna melancolía le hace vivir en perpetua tarde. Pero esto no es más que un tránsito. El sabe que, después de esta continua tarde del mundo, vendrá la mañana pura, la mañana definitiva. El silencio le ha dicho:

*...y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera.*

EL AGUA DE LA FUENTE
RESBALA, CORRE Y SUEÑA...

Sol de invierno (Varia)

Si obsesionante llega a ser la presencia de la tarde en la temática del paisaje machadiano, mucho más llega a serlo el murmullo de la fuente.

Ya hablábamos al principio del olvido en que incurrió nuestro poeta, al no mencionar la fuente de su niñez, la fuente del Palacio de las Dueñas, en ese sincero retrato con que inicia su libro CAMPOS DE CASTILLA.

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero.*

Debía haber añadido: Y donde

*El agua
de la fuente de piedra
no cesa de reír sobre la concha blanca.*

La olvidó el poeta en aquel libro de juventud; pero no cuando, en sus NUEVAS CANCIONES, ya en la madurez, vuelve otra vez los ojos a su tierra natal, al jardín sevillano donde madura el limonero.

*Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nació, con su rumor de fuente.*

Bartolomé Mostaza, que hace notar la sordera de Machado ante la naturaleza, la absoluta mudez de sus paisajes, donde ni por equivocación arrulla el más leve vientecillo, ni trina el más solitario pájaro, destaca como una música le afecta entre todas: el surtidor desgranándose sobre la taza de mármol, la fuente borbollando de la verdinosa piedra en el centro de la vieja plaza provinciana o en el ombligo del patio sevillano.

El agua que surte o borbolla —añade el mismo ensayista— es tema repetido hasta la monotonía en los poemas de SOLEDADES. No decimos nosotros monotonía, sino obsesión.

Unas veces la fuente, con su arrullo suave y confidencial, contribuye a ambientar el escenario del amor. Otras veces es la imagen del llanto del poeta. Otras, el espejismo de su sed. Pero las más de ellas es el mágico cofre de su ensueño.

Habla el poeta a la tarde fantasmal, su vieja amiga, y le dice:

*Que tú me viste hundir mis manos puras
en el agua serena
para alcanzar los frutos encantados
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...*

...Y APARECE,
EN LA BENDITA SOLEDAD, TU SOMBRA.

Del camino.

Dice el citado comentarista Bartolomé Mostaza, refiriéndose a la desnudez del paisaje machadiano: *Le interesa el paisaje en sí o como eco de su propia alma; no como lugar donde el hombre corriente y moliente cumple su destino. La figura humana en el paisaje de Machado —no siendo la de su amada o la propia— es un elemento, y no siempre fundamental del cuadro.*

Las obras de arte, en realidad, no son sino reflejos. Un cuadro, una escultura, un poema... Reflejos de los motivos que los inspiran. Pero es que en el paisaje poético de Machado el reflejo es doble. El poeta ve su alma en el paisaje; y, por lo tanto, contempla a éste desprovisto de todo lo que su alma no tiene. Lo demás, aunque exista, no le interesa artísticamente. Pues que su alma está triste, Antonio ve el paisaje triste. Pues que su alma está sola, Antonio ve el paisaje solitario.

Pero hay un personaje que se cuela furtivamente en muchos poemas de Machado. Este personaje es una sombra. Una sombra, que no es como aquella de Bécquer, que representaba su ideal de romántico y a la que Gustavo Adolfo llamaba:

Oh, ven, ven tú...

Aunque a veces lo parece:

*Detén el paso, belleza
esquiva, detén el paso.
Besar quisiera la amarga,
amarga flor de tus labios.*

No, la sombra de Antonio Machado no es la sombra verde y huidiza de la esperanza o el deseo. No. Es la sombra negra y fantasmal del pasado: la imagen del recuerdo, el reflejo de la soledad.

*Yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.*

...PERO MI VERSO BROTA DE MANANTIAL SERENO;...

Retrato (Campos de Castilla).

Hemos querido encuadrar el paisaje poético de Machado dentro del

paisaje literario; hemos querido señalar sus características fundamentales; y ello, sin desmenuzarlo, sin analizar uno por uno, aunque ello no hubiese sido difícil, todos sus temas, todos sus elementos. El árbol, el camino, la luna, la primavera, Castilla, Andalucía, el Duero, el Guadalquivir, están representados en la poesía de Antonio Machado con el suficiente vigor y reiteración, como para extraer de su observación interesantes detalles que completan una biografía sentimental de nuestro poeta a través de su paisaje.

Se ha destacado la pobreza idiomática de Antonio Machado; pero esto, que es una enfermedad, mucho más corriente de lo que se piensa, entre los escritores, y que en él resalta muy acusadamente, no es sino base, a nuestro entender, para atribuirle un nuevo mérito: el haber escalado la cima universal y altísima a la que ha llegado, con el mínimo de elementos, sin estridencias, sin alardes técnicos, con sobriedad y sencillez propias de los elegidos. Y esto quizá explique —más que el hecho de haber discurrido su vida en medio de un paisaje como el español —como el de Castilla y Andalucía, sobre todo—, que se mete en el alma del que sabe contemplarlo— el carácter eminentemente paisajístico de su poesía. A Antonio Machado le hubiese costado mucho trabajo decir todo lo que dijo, si no hubiese podido descansar su expresión en ese lenguaje, en ese vocabulario simbólico que la naturaleza —la tarde, la nube, la roca, el camino...— le ofrecía.

A través de la naturaleza nos dió Machado su mensaje espiritual; a través de la interpretación de su paisaje, hemos de vislumbrar nosotros el buen hombre, el sincero, el auténtico, el puro poeta que Antonio Machado fué. Así lo quiso él y así lo hizo.

*¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.*

MANUEL GARCIA VIÑÓ.

